



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

N.º 12518

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjeros.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

JUEVES 30 DE JULIO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Entre obreros

Ya no son los obreros asociados y los esquirols, los que se atacan cuando al grito de ¡huelga! acuden los segundos á ocupar las vacantes, burlando así, no por gusto, sino por la necesidad de comer, las esperanzas que acariciaban los primeros.

Después de todo, eso era natural aunque sea injusto. El obrero declarado en huelga se juega su jornal para elevarlo, aumentando con ello el bienestar de su familia y en todo aquel que labore consciente ó inconscientemente en contra suya ha de ver siempre un enemigo.

El fenómeno que se presenta ahora es diferente; surge del seno de las mismas sociedades obreras y aunque hace mucho tiempo hizo actos de presencia en Gijón, allí se había estacionado sin que se propagara á parte alguna.

Fue allí, como decimos, donde primeramente se percataron los obreros de que no obstante su condición de trabajadores no eran todos unos, pues al amparo de la común aspiración de aumentar los salarios y señalar límites prudentes para la jornada, se hacía propaganda anarquista y se posesionaban de la dirección de los asuntos los partidarios de tales ideas.

De ahí el estado de constante huelga en que han vivido, viven y vivirán aún mucho tiempo los trabajadores, de los cuales se ha podido creer en determinadas ocasiones que habían perdido el instinto de conservación, y el prurito de ir despreciando las ventajas que les iba dando la legislación nueva que los llamaba para darles pue-

los en las justas, á fin de que en el seno de ellas fuesen en cada caso salvaguarda de sus compañeros.

Pero al fin el obrero no anarquista se ha dado cuenta de la situación y al comprender que es arrastrado donde no quiere ir por que su sola aspiración es la que hemos expuesto más arriba, se ha parado en seco, dispuesto á no avanzar un solo paso por el camino que se le llevaba.

Tal han hecho muchos obreros de la capital sevillana que se enteran ahora de que los melancólicos de aquella población son anarquistas, y es seguro que ese ejemplo cundirá en todas partes, pues por poca que sea la instrucción de los trabajadores, han de considerar utópico que con el grado de ilustración que alcanzamos—muy escaso por cierto—sería lo mismo que vivir en el caos, suprimir todo lo que representa autoridad.

Si con muchos jueces y mucha policía y muchos soldados para imponer el orden se desarrolla nuestra vida entre este cúmulo de dificultades, en las cuales se debe contar al asesino que espía nuestro paso para vengar ofensas más ó menos reales y al ladrón que acecha la hacienda del vecino para levantarse con ella, ¿qué sería si desaparecieran de pronto aquellos dementes?

El anarquismo será un ideal aplicable á otros mundos, si es que en el espacio hay alguno habitado por seres perfectos; mas por lo que toca á la tierra, es una utopía que no encarnará nunca en lo real. Y como el obrero no se nutre de utopías ni el culto á esas ideas le ha de dar mejores condiciones de vida, lo que hacen hoy los obreros sevillanos, lo seguirán haciendo

los de otras poblaciones, entrando en el camino de lo práctico y abandonando la senda de lo utópico.

TIJERETAZOS

Si se piensa en el lo ocurrido en el palacio real de Lisboa, será una riña de soldados, como ha dicho el gobierno, ó un complot, como sigue creyendo la gente.

Ni una con la declaración ministerial se aclara el tiroleo.

Duró diez minutos; se suicidó un soldado....

¿Por qué? ¿Qué falta cometió que le impulsara á quitarse la vida?

Sin duda había complot.

Y si no lo había, lo hace creer el gobierno lusitano con su hábito de detener noticias y establecer censuras.

Convénzase los apreciables vecinos de que ese sistema está mandado recoger.

En la Armonia y en la Macedonia hacen los tarcos una matanza espléndida.

Los angelitos no respetan nada. Al niño por niño y al viejo por viejo, los despachan para el otro mundo, sin importarles el lugar del sacrificio: lo mismo da la calle, que la plaza, que la iglesia.

¡Ah! se nos olvidaba; cuando los armenios y los macedonios que provocan las iras de los tarcos son cristianos, se excusan á sí mismos los baphtozouks, que son un cuerpo de verdugos de caballería ó cosa así.

Y es de ver entonces el santo fervor con que acometen para ganar el cielo de Mahoma.

Ante esas crueldades se comprende todo; hasta el novísimo procedimiento de volar poblaciones, puesto en moda por los macedonios.

En Valladolid se han declarado en huelga los albañiles de una de las dos sociedades establecidas en la población.

La otra se resistió á entrar en la huelga, pero tuvo que entrar por el arco, porque los huelguistas los convencieron con razones de freno y de almece.

¿Y saben ustedes lo que piden los albañiles de Valladolid?

Que no se dé trabajo ninguno á los obreros no asociados y que se obligue á los aprendices á saber geometría para pasar á trabajar de oficiales.

Vamos, si que se declare coto cerrado el gremio para impedir la entrada.

Y viva la libertad.

CHINOS Y PERSAS

El Oriente se desmorona; China se descompone; Persia se disuelve. Las noticias que de por allá se reciben son alarmantes; la influencia europea penetra en los viejos países asiáticos, como el agua en una esponja, por todas partes.

Los chinos distinguidos han dado «en la flor» de cortarse la coleta, y esto trae revuelto al país y furiosos á los boxers, que proclaman el exterminio de los extranjeros como medio de conservar las tradiciones de Confucio.

¡Pobre Confucio! Ya nadie le hace caso; un natural «abandonado» sobre la plebe china se ha despedido; y ya sus antiguos y fieles adeptos no se dejan engañar como unos... chinos.

Entre la gente ilustrada del Celeste Imperio se considera ya la «trouka» como un apéndice impropio de la dignidad humana. La prensa publica sendos artículos, demostrando que la superioridad europea se debe á la falta de coleta.

Esta argumentación, esencialmente china, pone algo en ridículo á nuestros insignes imitadores de toros y renombrados bandidos, que son tan orgullosos y satisfechos estentando en el cogote «la petite natte», emblema de su intrepidez y de su arrojo en «las arenas», vulgo ruedos tau-rinos.

Todavía es más grave la situación creada en Persia por la influencia europea. Hasta hace poco, el sultano era un ser privilegiado, cuyo ascendiente en el harem era casi tan importante como el de Confucio en China, pero desde que el Shah estuvo en Europa, aquello está perdido.

El soberano persa, que tenía de cinco á seis mil mujeres y un verdadero ejército de

cuencos para conservar el buen orden, policía y gobierno interior del harem, ha puesto en el arroyo «á toda esa tropa», y las calles de Teheran parecen, mal comparadas una sucursal de la de la Ruda, en nuestro viejo y clásico Rastro madrileño, donde van á parar todas las odaliscas y los senucos de desecho.

Los japoneses, que se dan en el Oriente muchísimo tono desde que el Mikado entró por el arco europeo, han contribuido extraordinariamente á que la civilización oriental evolucione, se transforme y palga, aun cuando lentamente, de su tradicional sopor.

Si este movimiento continúa y las coletas chinas desaparecen, y los harems persas se cierran, los países orientales comenzarán poco á poco á imitar á los pituitos europeos, y nuestros cuellos de pejarita, nuestras binbas, vulgo chisteras, y, en suma, todas nuestras modas, un tanto ridículas, constituirán lo más «chulo» de aquella pobre gente, que durante tantos siglos vivía completamente aislada de la influencia occidental.

El espíritu modernista todo lo invade, y hará también que los chinos dejen de tomar el arroz con palillos, y que los persas dejen de ser polígamos; y puede que en su locura imitativa implanten en sus usos y costumbres públicas nuestros ateneos, nuestros parlamentos, nuestros mentideros públicos, que transformando su natural modo de ser, les acerque insensiblemente á nuestras oligarquías constitucionales.

De cualquier modo, el hecho es que los países orientales, dejándose invadir por la civilización europea, pierden su típico carácter y surgen bajo un aspecto nuevo que los desnaturaliza y desvirtúa.

Un chino sin trenza y un cuenco sin harem, son algo imperfectos; algo «en familia», que no se compagina bien con la tradición, que es la raíz de la historia y la suoga del progreso.

Abel Imart.

EL YESUBIO

Las noticias que se reciben de Nápoles dicen que la erupción del Vesubio comien-

Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.

CESARINA DIETRICH

167

te. No es Paulina quien expondrá á su querido sobrino á un lance con vos. Y me creo que vos le provocaréis con una declaración de identidad que os hace bien poco favor; á menos que no tengáis el capricho de disputarle á Margarita, y no creó que este asunto adquiere las proporciones de drama. Basta, pues, de hablar de esto y vamos á simorsar.

Si Cesarina tenía recursos maravillosos en su imaginación, tenía en contra la ceguera del orgullo y una confianza exagerada en el poder de su fascinación. Está es el escollo de ciertos caracteres. La fe profunda, la pasión verdadera no son jamás los móviles que las impulsan, y si se agarran á su ideal es por amor á la lucha; por el orgullo de la victoria. Si mi sobrino hubiera sido fácil de persuadir y vencer, Cesarina no hablése fijado en él su atención.

¿O sea haber hallado en el marqués el esclavo rebelde, pero que se domara á su voluntad, y se engañaba; había jugado con la rectitud de aquel alma generosa que llevaba muchos años de tolerar sus caprichos, y abusaba con él de su sustitución confiándole en sus horas de intimidad las teorías de alta diplomacia que le habían servido para dominar en la vida á propios y extraños.

Al pronto el marqués se asustó de aquella procedencia que le parecía perversa; quiso sacarse á ella, pero después había visto á Cesarina usar medios tan

166 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

—¡Soñais todo!—dijo Cesarina, que no quería confesar que fuese Pablo el objeto de su amor.—¿Qué me importa á mí ese matrimonio? Si tuviera la inclinación que me suponéis, ¿cómo había de tolerar á Margarita ó sea de mí? Por el contrario, yo he sido quien la he buscado; quien la proteje, quien se interesa por su hijo, que está enfermo por el parto; mañana pienso ir á ver como sigue. Encontráis todo esto raro, original, y no hay por qué yo pueda encontrar á esa joven digna de mi protección, digna de ser amada por un hombre galante, y sin embargo, no veré en ella una sobrina conveniente para Milo, Normont. Por eso creo que el deber de Paulina es no querer que ignore su sobrino el encuentro que ha tenido aquí lugar, y el verdadero nombre del seductor de Margarita.

—Corriente,—dijo el marqués como asaltado por una nueva idea.—Si Pablo ama realmente á su compañera, comprenderá que tiene conmigo que ajustar una cuenta; me buscará querella....

—¿Y os batirá?—dijo Cesarina levantándose vivamente, aunque afectando un aire indiferente.—Tenéis un amor propio desmedido, marqués, y vuestro natural feroz aparece por cualquier cosa. No gusto de decirlo que no tienen sentido común y juro que monseñor Gilbert nada sabrá. No es Margarita, sin duda, quien le irá á contar que ha visto á su antiguo aman-

CESARINA DIETRICH

163

—¿Contáis engañarla?—dijo Cesarina volviendo su primera palabra fue preguntada.

—Decid, marqués, ¿por qué esa joven os llama Julia? No ha sabido nunca quien erais, por lo visto. Jura que el que la engañó era un estudiante, y á pesar de vuestro aire aristocrático, se empeña en que ahora es cuando me engañáis, en que no sois, marqués, le-oididamente todo esto debe encerrar una historia interesante. Contadnosla antes del almuerzo, marqués.

—¿Queréis burlaros de mí?—No, pero temo encontraros muy culpable y tene-ros que reconvenir.

—Entonces, permitidme oírla.

—No,—exclamó.—Preciso es confesarle todo; mi sobrino piensa en casarse con Margarita, y á mí me interesa saber hasta qué punto es culpable, y si realmente dice la verdad al asegurar que ha rechazado vuestros dones.

—Entonces hablaré, ya que ella ha tenido la imprudencia de hablar.

Refirió como en una de las ocasiones en que había querido escapar del amor de Cesarina, había vagado como un loco por las cercanías de París pensando casi en el suicidio; entonces había tropezado con aquella niña cuya belleza lo había sorprendido, y que maltrata la por su madre, se había dejado fácilmente ro-